

Comentario

Conflicto entre los sentimientos y los deberes del médico en la asistencia pública

Para el más perfecto desarrollo de nuestro trabajo profesional en los centros hospitalarios y otras instituciones para el estudio e investigación, debiéramos contar con una moral y disciplina de ambiente y de relaciones que, a la vez que facilitaría las tareas de la investigación y la asistencia, llevaría al espíritu del trabajador una tranquilidad indispensable para el óptimo rendimiento de nuestros esfuerzos. Cualquiera que con responsabilidad trabaje en uno de los servicios hospitalarios o de laboratorio y seminarios, entre nosotros, por poca que sea la intensidad de sus obligaciones, en caso de que su servicio respectivo goce de cierto crédito científico, el déficit manifiesto de idénticas organizaciones públicas en Cataluña, es obligada causa de agobio y plétora.

De esta manera comienzan las intranquilidades de los técnicos responsables, que no siempre pueden acudir con la asistencia necesaria a las obligaciones que el servicio les crea, y es evidente que nuestra conciencia de hombre y médico padece una continua y sorda molestia íntima. El rápido agotamiento de la salud que con tanta frecuencia vemos entre nuestros hombres de trabajo, evidentemente en gran parte se debe a ese íntimo padecimiento del deber que se siente y quisiera cumplirse excelsamente; y de otra parte, la imposibilidad de hacerlo por múltiples razones, creando una intran-

quilidad constante que obliga a un esfuerzo extraordinario a máxima tensión, que además de querer ser pródigo resulta malbaratador en el sentido de su eficacia y agotamiento de nuestras fuerzas físicas. Contra esto es necesario crear una disciplina, que salvaguarde tales consecuencias y contratiempos.

Primero, antes que llegar al remedio, deberíamos analizar detalladamente las causas; pero ello nos llevaría a largas disquisiciones, y por esto no pasaré en mi intento de un rápido resumen de considerandos fundamentales.

Ya hemos dicho cómo el déficit de asistencia pública sanitaria en todos sus más amplios sentidos es causa de plétora doquier se trata de una modalidad de dicha asistencia, y es evidente que en este punto no precisan más razonamientos ante la tragedia de tanto abandono de los poderes públicos. La miseria de la deficiente organización con que se dotan los servicios sanitarios de asistencia y de investigación, obliga a los jefes de los servicios a una responsabilidad enorme; porque siendo entre nosotros raro y esporádico el concepto de una indispensable y justa retribución para poder contar con un personal secundario en el orden técnico o de otros valores prácticos auxiliares, aunque a menudo por azar se cuenta con él, por su carácter de favor o de polarizada intención especulativa y

egoísta, resulta que no es posible ni de razón sumarlo a la responsabilidad de conjunto; y así cualquiera responsable de un servicio vive sin el descanso que debería darle la seguridad en la ayuda de sus colaboradores, salvo, claro está, los casos de devotos colaboradores científicos.

La organización íntima de los servicios que por falta habitual de personal de secretaría, obliga a los médicos a abandonar sus obligaciones o ser esclavos de pequeños detalles y menesteres del historial, organización, administración, etc., sin cuya ordenación no goza de seriedad el servicio; y para organizarlo con escasos medios, es difícil y obliga a sacrificios personales injustos, y que si se pretende suplir con el esfuerzo de dichos médicos, equivale a inutilizar una labor profesional indispensable para la asistencia. A este común denominador, concreción de nuestra miseria, puede añadirse una lista interminable de consecuencias que hacen difícil e intranquilizan la vida de los profesionales encargados de los servicios públicos sanitarios, que chocan contra la imposible ordenación y las deficiencias perturbadoras de una debida asistencia. Todo esto supone, pues, obligada desorganización. Contra ello, la clase médica debiera levantar su grito enérgicamente; la verdadera unión de profesionales debiera exigir que los poderes públicos atiendan al doliente, sin miseria, y ello debiera interesar a las organizaciones sindicales que por su carácter a título de instituciones las más simples y demócratas, representando la clase podrían sin perjuicio ninguno contribuir a iniciar la debida campaña para que los hospitales y todos los servicios sanitarios públicos gozaran de la debida subvención, denunciando aquellos donde no es posible por sus medios pobres y escasos el desarrollo de una debida asistencia, o la imposi-

bilidad de cualquier especulación científica, para que ningún sindicado acepte puestos donde después le faltarán medios de trabajo; porque las miras del médico no deben ser un servicio hospitalario, resumirse en el hecho de contar con enfermos suficientes para permitirle cobrar una experiencia en su especialidad; sino que además de su lógico egoísmo, está obligado de otra parte a contribuir con la asistencia científica a humanizar los sufrimientos de los pacientes, a ser el responsable de su trato hospitalario, y no puede pasar por alto las deficiencias que observe, denunciándolas debidamente, se trate de la comida, de la falta de auxiliares secundarios y para las faenas, por falta de posibilidades de material de cura o farmacéutico; porque no es posible organizar la estadística y otras cuestiones de organización científica por falta de personal apto, por no contar con colaboraciones indispensables, sin las cuales el trabajo de asistencia no es posible, como rayos X y laboratorio, porque la falta de camas y acúmulo de enfermos y compromisos le obligan a dar altas precipitadas y sostener una cola vergonzante de enfermos. Debiera estudiarse un tipo simple de organización de todos los servicios públicos para que el médico pudiera dedicarse noble y eficientemente al cuidado de sus enfermos. Esta, al parecer, intromisión de nuestras organizaciones profesionales de defensa en el terreno de este especial matiz de acción social, repercutiría sobre el prestigio de los médicos, realzando con un marco debidamente laureado el cuadro de su misión, y del espíritu de ellos desaparecerían así muchas inquietudes. La debida asistencia social en forma decorosa y humana exige un ambiente decoroso también para los médicos, y representa un primer capítulo de una disciplina por la que debemos luchar, en lo que quepa,

en vez de rastrearse a menudo para conseguir crear un laboratorio o una sala donde sólo luce en la puerta un pomposo título con letras grandes anunciando un titular, mientras en su interior no hay ni habrá posibilidad de trabajo serio, engañando a los enfermos pobres porque hay todo lo más una mesa de reconocimiento y hoy el espíritu de nuestro trabajo necesita y exige mucho más.

También el público que acude a nuestros servicios sanitarios necesita de una disciplina, que desconoce las más de las veces, porque su incultura, exaltada por el acicate de sus apremiosos males y rebelándose contra la injusticia de la sociedad que no le atiende, en triste paradoja convierte a los sacerdotes de estas atenciones sociales en el blanco de las iras justas y humanas de esta clientela doliente.

Ante el apremio de los enfermos, el médico podrá esforzarse en atenderlos seriamente, distribuyendo su tiempo disponible dividido por el número de los que hacen cola a la puerta del dispensario o de la sala; o bien si pretende cumplir cuidadosamente su misión, tendrá que conformarse con cerrar sus oídos a las plañideras quejas del coro de los desatendidos. De las dos maneras sufrirá su espíritu. La única moral aceptable es la segunda; porque la falta de una mayor asistencia constituye una responsabilidad para la sociedad, y en cambio si falta a la debida minuciosidad en su difícil labor, su falta atañe a todos los

órdenes de la conciencia personal del médico. El médico debe desoír los gritos de los que no pueden ser atendidos, cuando cumple a conciencia y da de sí el máximo esfuerzo, aunque una parte de los desatendidos se conviertan en enemigos suyos. Cuando los que esperan para entrar en una sala o ser curados en un determinado departamento, por falta de cama o medios, aguardan largamente en turno, estos pobres pacientes, coaccionando con el llanto, con la amenaza y con la *recomendación*, se convierten en enemigos del médico, y ello da lugar diariamente a una batalla cruel, injusta y agotadora, de la cual debe librarse el médico con un código social que deje su conciencia a salvo; porque si no, es obligado que el profesional se curta y desensibilice contra el sentimiento de caridad que le hace humano. Este régimen de relaciones, paradójicamente inhumano, entre los pobres enfermos y los médicos de los servicios públicos, debe terminar; porque el enfermo se anarquiza contra el médico en vez de anarquizarse contra la sociedad. Es realmente un contrasentido que el médico deba ver en el enfermo un enemigo que le acecha y suplica asistencia más allá de lo que puede dárseles. Sólo una debida saturación de asistencia social necesaria podrá mejorar estas circunstancias tan desagradables.

Mientras no lleguemos a ver solucionada esta tragedia social, el médico debe disciplinar su conciencia para que su trabajo resulte ordenado y eficaz. El médico al que-

**LAS QUEMADURAS
SE CURAN
SIEMPRE Y SIN
PELIGRO CON AMBRINA**

rer ser con sus semejantes más generoso que la sociedad que los olvida, en este aspecto de asistencia al doliente, perjudica la debida asistencia sanitaria engañando al enfermo, y también a los poderes públicos, que excusan así sus obligaciones creyéndolas atendidas con el esfuerzo de una clase.

V. CARULLA

Las Jornadas Médicas Aragonesas

Un entusiasta grupo de médicos aragoneses, a la cabeza de los cuales figura nuestro amigo el doctor HORNO ALCORTA, director de la revista *Clínica y Laboratorio*,

organizaron con extraordinario éxito las jornadas médicas que se celebraron en Zaragoza los días 26, 27, 28, 29, 30 del próximo pasado mes de mayo.

Al prestigio científico del eminente y conocido cirujano, doctor Ricardo LOZANO, que actuó de Presidente efectivo de las jornadas, se debe el que hayan acudido a esta reunión no solamente un buen número de congresistas, sino que hayan tomado parte en las sesiones científicas colegas cuyos nombres figuran dentro del grupo de personalidades médicas destacadas, tanto nacionales como extranjeras.

La sesión inaugural tuvo lugar en el Palacio de la Diputación, con asistencia de las autoridades, siendo presidida por el gober-

PROFILAXIA y TRATAMIENTO

"PER OS"
DE TODAS LAS

ESPIROQUETOSIS
DISENTERIA
AMÍBICA
PALUDISMO

POR EL

Stovarsol

TRATAMIENTO ARSENICAL
DE LOS ESTADOS DE
ANEMIA y DE ASTENIA

PRESENTACIÓN

FRASCOS de 28 COMPRIMIDOS a 0.25
FRASCOS de 70 COMPRIMIDOS a 0.05
FRASCOS de 200 COMPRIMIDOS a 0.01

EL EMPLEO DEL STOVARSOL
DEBE EFECTUARSE BAJO LA
VIGILANCIA DEL MÉDICO

SOCIÉTÉ PARISIENNE d'EXPANSION CHIMIQUE
—Specia—

MARQUÉS POULENC Frères & "USINES du RHONE"
86, rue Vieille du Temple, PARIS, 3^e

DRÉVILL